

ro que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página; pero Mahoma, como árabe, estaba tranquilo: sabía que podía ser árabe sin camellos».

Machado de Assis habría disfrutado con la ironía borgiana. El escritor brasileño, al igual que el argentino, no reniega de la temática nacional, sólo que ambos rechazan la obligatoriedad de adoptarla y se reservan el derecho de hablar de otras cosas. Machado de Assis muestra que la temática india es una fabricación compasiva, ya que poco ha quedado, en la cultura brasileña, de las culturas autóctonas. Por su parte, considera que las huellas conservadas por los cronistas y el buen uso que de ellas hicieron los románticos pueden ser justificados, no ya como la recuperación de un origen, sino como una reparación de esas culturas destruidas: «La compasión, a falta de argumentos más válidos, debería al menos inclinar la imaginación de los poetas hacia los pueblos que respiraron antes los aires de estas regiones, reuniendo en la literatura lo que separó la fatalidad de la historia».

Queda claro que el escritor no advierte razones esenciales, que serían fundamentalmente ontológicas o culturales («argumentos más válidos») para la adopción de esa temática, sino sólo una razón sentimental («la compasión»), ética (reunir lo que separó la historia) y estética (los buenos resultados obtenidos por Alencar y Gonsalves Dias). Por su lado, Borges tampoco desdeña los paisajes argentinos, los gauchos y los compadritos; habiendo alcanzado la madurez personal y artística, los reconoce como conformadores de su identidad, mas no como temas exclusivos, ni siquiera prioritarios. Como explica el autor, en el mismo ensayo en cuestión, su liberación y el consecuente abandono de la referencia explícita sucedieron años antes, al escribir su cuento «La muerte y la brújula», suerte de pesadilla en la cual los barrios de Buenos Aires aparecen deformados y deslocalizados por el uso de nombres extranjeros, como Rue de Toulon y Tristele-Roy. Ahora, dice, «publicada esa historia, mis amigos me dijeron que al fin habían encontrado en lo que yo escribía el sabor de las afueras de Buenos Aires». Machado de Assis, al igual que el crítico francés citado por él, diría que Borges había encontrado su argentinidad interior.

La cuestión de las identidades exterior e interior fue tratada por Machado de Assis años más tarde, en un cuento de 1882, «El espejo». Se trata de un militar que sólo se ve nítidamente reflejado en un espejo cuando viste su llamativo uniforme, que constituye su «alma exterior». «Toda criatura humana lleva consigo dos almas: una que mira desde dentro y hacia fuera, otra que lo hace a la inversa...» explica el narrador. Hay casos, comenta, «en que la pérdida del alma exterior implica la de la existencia entera». Lo que ahora nos interesa en ese famoso cuento de Machado de Assis, es lla-

mar la atención hacia el hecho de considerar el patriotismo como el alma exterior, la cual, aunque es «enérgica y exclusiva» no deja de ser postiza: « ciertas almas absorbentes, como la patria, por la cual dice Camoens que moriría, ejemplifica el narrador con cierta irreverencia, tanto en cuanto dice respecto a la patria propia como en cuento concierne al gran épico de la lengua portuguesa. Resulta evidente que Machado de Assis no se siente atraído por ese «alma» exclusiva y absorbente, lo que lo lleva a dudar, implícitamente, del patriotismo suicidal de Camoens: « dice Camoens que moriría».

En cuanto a la mera referencia geográfica y social, el novelista la considera con cierto desdén. En el ensayo de 1873 encontramos comentarios sobre la producción literaria contemporánea: «No faltan a algunos de nuestros novelistas cualidades de observación y de análisis, y un extranjero poco habituado a nuestras costumbres hallará en aquéllos algunas páginas instructivas». Tal tipo de observación y de análisis, puramente sociológico, le parece útil sólo como documento instructivo para los extranjeros o como guía turística. Por el contrario, el tipo de novela que propone es casi inexistente: «De la novela puramente analítica tenemos escasísimos ejemplos, sea porque nuestra índole no es propicia a ella, o porque tal clase obras es aún incompatible con nuestra adolescencia literaria». De las dos razones invocadas por Machado, deudoras del determinismo evolucionista de su tiempo, la primera puede parecer verdadera, ya que más de un siglo después de tales palabras, la novela de análisis es todavía escasa en la literatura brasileña. Pero siendo él quien dio a la literatura brasileña, en un momento posterior, la gran novela analítica que le hacía falta, el segundo motivo (la adolescencia literaria) parece inconsistente, por el hecho de la publicación de su obra y porque no se puede decir que la novela brasileña evolucionó o maduró a partir de ella o en relación a ella. Excluidas esas huellas epocales del discurso machadiano, permanece, en lo que nos concierne, la diferencia entre las almas interior y exterior, siendo la primera la que se despoja, no de la nacionalidad, sino de las señas nacionalistas.

El nacionalismo cultural se basa en paradojas. La primera consiste en desear una pureza originaria y sin contaminaciones, siendo que toda cultura se desarrolla en contacto con otras culturas, a través de lentos y complejos procesos de intercambio y asimilación. La segunda es que la afirmación nacionalista, tratando de mostrarse al mundo con todos sus valores (dado que nacionalismo es siempre competición, desde la fanfarronería ufana a la xenofobia) termina reforzando el localismo, el provincianismo, hasta cerrarse al mundo. La tercera paradoja (el orden resulta indiferente para el caso) reside en el deseo de una identificación colectiva, siendo que la iden-

tividad es siempre individual. Así, la paradoja de un nacionalismo insertado en el universalismo sigue sin resolverse desde la Ilustración.

En el caso de las culturas latinoamericanas, las paradojas se multiplican en la medida en que son extensiones exóticas de las culturas colonizadoras: la adopción de las lenguas colonizadoras, española y portuguesa, como en el caso de ciertas colonias independizadas más recientemente, la imposición de la lengua metropolitana en concurrencia con antiguas lenguas locales coexistentes. Expresadas desde el siglo XVI en las lenguas de los conquistadores, nuestras culturas hace tiempo que se apropiaron de tales lenguas, transformándolas y enriqueciéndolas con nuevos vocablos y nuevas entonaciones. En esas lenguas se fueron constituyendo las varias y seculares literaturas nacionales, continuadoras pero independientes de las metropolitanas. De tal modo, la instauración de la identidad latinoamericana se vio impedida de seguir el rígido esquema de Hegel, que implica, en el paso tercero y sintetizador, la eliminación de la alteridad y el retorno al uno. Excluir el elemento europeo sería eliminar el «cuerpo extraño» que es una parte constitutiva de nosotros mismos, parte –por así decirlo– más íntima de cuanto nos queda de indios y africanos, ya que la lengua, como es sabido, es formadora y conformadora de toda visión del mundo y, en consecuencia, de toda cultura (ver Perrone-Moisés 1995).

En consecuencia, el escritor latinoamericano del siglo XIX y de la primera mitad del XX, al definir su identidad cultural, está siempre a vueltas con esa dialéctica intrincada que consiste en confrontarse con una alteridad europea que al mismo tiempo lo excluye y lo implica. En lo que se refiere a la tradición literaria, el problema consiste en apropiarse de la tradición europea y trabajar, al mismo tiempo, en la consolidación de una tradición nacional incipiente pero ya independiente. Tanto Machado de Assis como Borges se preocupan con tal cuestión y saben que el nacionalismo es necesario para la formación de tradiciones nacionales que puedan ser, en un segundo momento, insertas en un contexto universal.

Las contradicciones del nacionalismo latinoamericano no escaparon a Machado de Assis ni a Borges, escritores irónicos y maestros en paradojas y aporías. Comentando las críticas de los nacionalistas a los poetas brasileños del siglo XVIII, considerados demasiado lusitanos, el novelista brasileño estima: «No me parece para nada justa la censura a nuestros poetas coloniales, afectados de aquella enfermedad del «mal gusto arcadiano», como tampoco me parece justa la de no haber trabajado por la independencia literaria, cuando la independencia política estaba todavía en el vientre del futuro y, más que nada, porque entre la metrópolis y la colonia se creó una historia de tradiciones, costumbres y educación homogéneas».

El mismo Gonçalves Dias, ejemplifica Machado, conocido como el poeta de los indios, habiendo hecho sus estudios en Portugal, compuso sus *Sextillas de fray Antón*, lusitanas tanto por el tema como por el estilo arcaizante, una obra que, según Machado, es tan importante como *Los timbiras*.

La misma ilusión de una creación edénica o de una generación espontánea de la cultura argentina es rechazada por Borges: «Llego a una tercera opinión que he leído hace poco sobre los escritores argentinos y la tradición, y que me ha asombrado mucho. Viene a decir que nosotros, los argentinos, estamos desvinculados del pasado; que ha habido como una solución de continuidad entre nosotros y Europa. Según este singular parecer, los argentinos estamos como en los primeros días de la creación; el hecho de buscar temas y procedimientos europeos es una ilusión, un error; debemos comprender que estamos esencialmente solos, y que no podemos jugar a ser europeos. Esta opinión me parece infundada».

La mayor paradoja, que Machado de Assis no apunta, porque no se le ocurrió hacerlo, o por no dar a su artículo un tono más polémico, consiste en el hecho de que la propia temática indianista, con sus toques de color local, fue estimulada en Brasil por los franceses Ferdinand Denis y Eugène de Monglave, que aconsejaron a nuestros poetas y novelistas que siguieran el camino abierto por Chateaubriand en *Atala*. El nacionalismo literario mismo es una creación romántica europea, paradoja que no escapa a Borges y que él, con feroz humor incontestable, esboza en uno de sus más felices momentos (y, por ello, de los más frecuentemente citados) de su ensayo: «El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas argentinos deberían rechazar por foráneo».

Los ensayos de ambos escritores contienen consideraciones acerca de la lengua. Las de Machado de Assis son bastante convencionales. Lamentando que «entre los muchos méritos de nuestros libros no siempre figure la pureza del lenguaje», el futuro fundador de la Academia Brasileña de la Lengua condena los «solecismos» y «la excesiva influencia de la lengua francesa». El escritor admite las innovaciones, contando con esas «alteraciones del lenguaje», pero efectuadas con cautela, a lo largo del tiempo y poniendo límites a la influencia popular. Para los lectores de hoy, no es éste el mejor momento de su ensayo. Pero la posición conservadora del escritor en relación con la lengua resulta perfectamente adecuada a su práctica de la misma, a su estilo sintético, incisivo, gracioso, rico en sobreentendidos, en resumen: un estilo perfectamente clásico. Las innovaciones de Machado de Assis están en su forma de narrar, en su trato con el lector, en el cultivo moderno de las ambigüedades y del sentido en suspenso, y no en la invención verbal propiamente dicha. Como